

aventureros que militaban bajo sus órdenes. Entusiasmados todos por sus hazañas, le aclamaban por héroe, casi le adoraban como á un semidios y le levantaban en hombros para llevarle en triunfo.

En aquel bullicio y alborozo Urbási y Morsamor se separaron. Y él estuvo largo rato desesperado é inquieto, en medio del aplauso popular y de la multitud que le vitoreaba, hasta que vió por dicha que á no mucha distancia, Urbási en compañía del viejo brahman Narada, subía en un palanquín é iba á salir fuera del recinto murado. Antes de salir, ella, que tenía en él la vista fija, le miró con amor é hizo ondear en su mano un blanco cendal, como despidiéndose. Su larga mirada fué elocuentísima y decía con toda claridad: hasta que pronto, muy pronto volvamos á vernos.

XXIV

En un extremo de la ciudad y en espacioso edificio, Morsamor con toda su gente estaba acuartelado. No llegaban á ciento ochenta, porque más de ciento habían perecido en la batalla. Cargados de riquísimo botín, consolábanse los vivos de la muerte de sus compañeros de armas. Limitado el incendio á la gran cámara, el alcázar dió extraordinarias riquezas á los que, después

de Morsamor, le entraron á saco. Los caballos y los elefantes, de que Tiburcio y los suyos se habían apoderado, cedidos luego ó vendidos á Balarán, príncipe de los brahmanes, produjeron cuantiosa suma de rupias.

La rebelión triunfante, había entronizado á Balarán, invistiéndole de omnímodos poderes; concediéndole lo que en Europa llamamos la dictadura.

Era Balarán de nobilísima prosapia, de majestuosa presencia y de bello rostro resplandeciente en juventud lozana; era celebrado por su profundo conocimiento de los Vedas, de las Leyes de Manú, de los Puranas y demás libros sagrados, y de todos los sistemas filosóficos-ortodoxos y heterodoxos de la India; y era venerado además por su energía, por su fe inquebrantable en los altos destinos de su religión y de su casta, y por otras raras virtudes aparentes ó verdaderas. Gozaba, por último, de pingüe y casi regio patrimonio, parte del cual había consumido, comprometiéndole todo en la conjura.

Fundamento tenía su propósito de que fuese seguido el ejemplo que acababa de dar; de que la rebelión se propagase á otros Estados y de que se extirpase de la India el predominio del Islam. Así quedaría su ambición plenamente satisfecha. Así llevaría él con justo título el nombre de Balarán; el mismo nombre del pas-

moso hermano de Crishna. Y así lograría él ser Brahmatma ó jefe supremo de su casta, de su secta y del imperio que en ella se fundase.

Repugnaba Morsamor ser mero y dócil instrumento del brahman ambicioso. Harto conocía que era delirio aspirar á más. Lo razonable, pues, era retirarse con sus aventureros, volviendo todos á Goa victoriosos y opulentos como nababos. Sólo un interés personalísimo retenía á Morsamor en Benarés. La bella Urbási había cautivado su alma. Necesitaba volver á verla, declararle su amor y pedirle el cumplimiento de lo prometido en aquellas dulces palabras que ella pronunció, dejándolas grabadas en el centro de su corazón: *Me has salvado la vida. Tómala si lo deseas. Eres su dueño.*

Harto presentía Morsamor lo aventurado y peligroso de su nueva empresa. No quiso comprometer en ella sino á los que le fuesen completamente adictos y estuviesen resueltos á arrosar el enojo de Balarán y á resistir el poder que ellos habían contribuido á poner en sus manos.

Morsamor convocó, pues, á su gente, expuso su determinación de permanecer en Benarés con algunos pocos aventureros que quisiesen acompañarle y reconociendo que todos habían cumplido ya con el compromiso y la obligación que contrajeron, los dejó en libertad de volver

á Goa, conducidos por buenos guías y con el espléndido botín que habían conquistado.

Deplorando ó aparentando deplorar la separación, ciento veinte abandonaron á Miguel de Zuheros. Con él sólo quedaron sesenta valientes de los más devotos á su persona. No hay que decir que el fiel Tiburcio quedó también con él.

Después de esto, de noche y con misterioso recato, el anciano Narada vino á visitar á Morsamor. Previos muy corteses saludos y sin otro preámbulo, Narada, dijo lo siguiente:

—La verdad, sin jactancia, es que yo he fomentado y estimulado la ambición de Balarán desde mucho tiempo ha, infundiendo en su alma mi ardiente deseo de sacudir el yugo de los musulimes. Nada á pesar de mi empeño hubiéramos hecho todavía, si un imprevisto suceso no hubiera reanimado el espíritu reacio de Balarán, atizando su ambición con la ira y los celos y prestándole actividad y arrojo. La bella Urbási, á quien Balarán pretendía y adoraba rendido, desapareció de su magnífica vivienda; fué víctima de misterioso raptó. No bastó la habilidad de los raptóres y no bastó el secreto con que la ejercieron, para que Balarán dejase de presumir y aun de tener por seguro que el tirano Abdul ben Hixem, ardiendo por Urbási en lascivos amores, era quien la había robado y quien en su harén la guardaba cautiva. Entonces Balarán no

vaciló un instante. Forjó su plan y le realizó con presteza de acuerdo conmigo. La fama de tus bizarrías había llegado hasta nosotros. Consideramos útil tu auxilio y yo fui á buscarte. Harto bien sabes lo demás por haber sido tan principal actor en todo. Lo que tú ignoras es que Urbási se halla de nuevo en grave peligro. Ha desdeñado al rey musulme y se le ha resistido, pero no desdcañ menos á Balarán, el cual la adora y está resuelto á hacerla suya de grado ó por fuerza.

—No será, no será mientras yo viva— interrumpió Morsamor, con impetu apasionado.— Yo libérté y salvé á Urbási, y Urbási será mía ó pereceré en la demanda.

—No sé cómo ponderarte— dijo Narada— la alegría y la confianza que tus nobles palabras infunden en mi pecho. Bien puedo ya declarártelo todo sin recelo alguno. Urbási, nobilísima doncella, huérfana de padre y madre, es venerada por mi como una deidad y amada como el más tierno de los padres puede amar á la mejor de sus hijas en quien se mira como en un espejo y en quien contempla el limpio dechado de todas las excelencias y perfecciones. Por sus venas azules corre la etérea y purísima sangre de nuestros antiquísimos *richis*, héroes y monarcas, celebrados en leyendas divinas y en inmortales epopeyas. La naturaleza, pródiga con Urbási, la

adornó de todos sus primores y prestó á su alma y á su cuerpo gentileza tal que bien pudiera creerse que cuantos son los númenes que pueblan y dirigen los tres mundos, acudieron en la hora del nacimiento de ella otorgándole cada uno el dón más precioso y la más alta virtud de que dispone. Ilustrada luego la mente de Urbási por superior inteligencia, ha concebido el ideal completo de la mujer. Y Urbási con voluntad firme y constante, ha logrado realizarle en sí misma, tanto en lo íntimo del espíritu como en la visible y terrenal apariencia. Sabe, sin hacer de ello alarde, las ciencias reveladas y ocultas de los brahmanes. Y sin ignorar el conjunto de las sesenta y cuatro artes de amor y deleite, que constituyen la *padmini* ó hembra humana de mérito supremo, es casta, inocente é inmaculada virgen, así en el sentir y en el pensar como de hecho. No; el claro y abundante manantial de amorosas venturas, el tesoro de hechizos, el cáliz colmado de licor de celestial bienandanza, que con el auxilio de los dioses ella ha creado y en si tiene, no puede ni debe tocar á labios impuros, apagando su sed, ni puede ser entregado para que le goce y profane á quien no sobresalga entre el vulgo de los mortales con eminencia desmedida.

—¿Es posible— interpuso Morsamor, con cierto despecho— que ella, en cuyas encarecidas ala-

banzas te quedas corto, se complazca tanto en su propio valer, le tome por objeto de su culto y se haga incapaz de amar á otro sér humano? Yo que la amo, yo que la adoro, ¿he de perder la esperanza de ser correspondido?

—Urge que lo sepas todo—replicó Narada.—No hay vagar para rodeos y disimulos. Urbási, desde que llegó á ser núbil, se sintió atormentada por amor sin objeto; pero no sin objeto, sino por objeto á su ver imaginario, que columbraba su mente en la vaga penumbra de confusos recuerdos, en las casi borradas impresiones que anteriores existencias acaso han dejado en el alma. El sér que Urbási fingía, recordaba ó creaba, (¿por qué no confesártelo, si ella lo confiesa?) se parecía á ti ¡oh venturoso Miguel de Zuheros! Antes de que te viese, Urbási te amaba. Te vió, y tú fuiste su salvador. En el día, Urbási te idolatra. Ella cree que los cisnes de alas de oro, fatídicos nuncios del destino, vinieron á pronosticarle su amor por tí y tu amor por ella, como pronosticaron á Damayanti que Nal debía ser su enamorado esposo. Y Urbási, no menos enamorada que Damayanti, desdeñaría por tí, no sólo á Balarán, sino á Indra, á Varuna y á los demás dioses, que desde el Baikounta bajasen á pretenderla. Por tí se siente Urbási capaz de los mayores sacrificios. Por seguirte lo abandonaría todo, é imitando á Savitri fiel consorte de Satyavat,

acosaría sin temor á Yama, dios de la muerte, para sacarte de entre sus manos, como tú la sacaste á ella, y estrecharte luego apasionadamente en sus hermosos brazos.

Al oír á Narada, el corazón de Morsamor latía y saltaba agitadísimo por júbilo inefable. Morsamor se echó á los pies de Narada para mostrar su gratitud besándolos. Narada le alzó, le abrazó y se despidió de él, designando el momento en que volvería para llevarle donde Urbási estaba.

XXV

En una quinta, á corta distancia de la ciudad, secretamente estaba todo dispuesto para la boda que había de ser clandestina, sin festín para los convidados, sin baile y sin música. No por eso dejaba de estar revestido de costosos tapices y de otros raros adornos, el salón donde se elevaba el *pandal*, estrado ó sitio consagrado á la ceremonia.

En compañía de Narada, Morsamor entró allí primero. Llevaba el viejo brahman vestimenta litúrgica de escarlata, sobre cuyo fondo carmesí se destacaba la barba blanquísima y luenga. Morsamor, ataviado con esmero y elegancia, parecía más joven y más gentil que nunca. De su cinto, bordado de oro, pendían la espada, la daga y la primorosa *escarcela*; colete de finísimo

ante, lleno de prolijas labores, cubría su pecho y sus espaldas. Las mangas acuchilladas, así como los gregüescos eran de blanco raso. La calza muy ceñida, de elástico punto de seda, hacía que luciesen las bien modeladas formas de sus ágiles piernas musculosas á par que enjutas. Muy lindo gabán colgaba airosamente de sus hombros. Tenía la mano derecha libre y desnuda, y en la izquierda los guantes de ámbar y la graciosa gorra de Milán con airón de blancas y rizadas plumas, prendido á la gorra por una piocha de esmeraldas y rubíes.

Narada, al contemplar á Morsamor á la luz de las muchas lámparas que en el estrado había, no pudo menos de decirle que competía con el divino Hari, cuando se casó con Rukmini en el magnífico palacio de Duarika.

No tardó la bella Urbási en aparecer sobre el estrado. La acompañaban cuatro matronas casadas y la seguían sus siervas, y los pocos convidados, amigos íntimos ó parientes de su familia.

La presencia de Urbási, deslumbradora de hermosura, excitó la admiración de todos. En el alma de Morsamor se avivó con violencia el amoroso fuego.

El andar de Urbási más parecía de deidad que de criatura humana. Sin oprimir su esbelto talle, le ceñía amplia zona de púrpura recamada de perlas, sosteniendo las flotantes ropas talarés de

cándido lino, que descendían en artísticos pliegues y dejaban adivinar la armoniosa corrección del delicado cuerpo. La doble redondez del firme pecho, sin compresión ni arrimo, se estremecía suavemente, al moverse la hermosa, entreviéndose por la transparencia de la tela su puro color de rosa y nieve. Recogidas con gracia en alto las abundantes crenchas de sus negros cabellos, dejaban ver el cuello despejado y cuan bien puesta se erguía sobre él la noble cabeza. Verde-oscuras y hondas como la mar, eran las pupilas de sus ojos; su brillo, como el del sol; y la sonrisa de su fresca boca, como presentimiento del Paraíso.

Según el rito, la novia debía acabar de adornarse en el *pandal*, en presencia de todos, y las cuatro matronas casadas procedieron á hacerlo. De diamantes y perlas eran las joyas con que la adornaron. Pusieron una diadema sobre su frente; en sus pequeñas orejas, á guisa de zarcillos, dos gruesos solitarios asidos á sendos y sutiles aretes; junto á los hombros y en las finas muñecas de los desnudos brazos y en las gargantas de los pies ligeros, brazaletes y ajorcas; y varios anillos en los afilados dedos de las manos y también en los dos dedos gruesos de ambos pies, cuyo admirable dibujo no estragó jamás rudo calzado de cuero, y cuya desnudez dejaba ver la nítida blancura de la piel sonrosada y el limpio

nácar de las pulidas uñas, sobre las elegantes sandalias.

En la cabeza de Urbási las cuatro matronas echaron por último un rojo y transparente velo.

Recitando himnos con entonada melopeya, Narada invocó á los lares y á los manes, genios protectores del hogar y espíritus de los antepasados.

Dos *purohitas* ó brahmanes que oficiaban asistiendo á Narada, pusieron en la mano derecha de Morsamor algunos hilos de azafrán, enlazados por larga cinta á otros hilos de azafrán que pusieron en la mano izquierda de Urbási.

Narada asió después la diestra de Morsamor y la unió á la diestra de Urbási. Sobre ambas manos juntas fueron todos los asistentes vertiendo algunas gotas de agua lustral perfumada.

Morsamor en seguida dió á Urbási algunas hojas de betel picante.

Entonces se renovó la invocación, dirigiéndola Narada á los más egregios seres divinos, á la propia Trimurti con el complemento femenino de Sarasvati, esposa de Brahma; de Laksmi, esposa de Vishnú, y de Uma, esposa de Siva.

En amplio canastillo de flexibles entretejidos juncos, de pie y abrazándose se colocaron los novios; y cuantos allí asistían derramaron sobre sus cabezas puñados de arroz que tomaban de otros canastillos menores.

Morsamor asió luego el *táli*, largo cordón de seda y oro en cuyos extremos resplandecían dos esmeraldas. Morsamor enredó el *táli* á la garganta de Urbási, dándole tres vueltas y sujetándole con triple lazada. La novia miraba hacia el Oriente mientras que el novio así la prendía.

Sentados ambos después en blandos cojines, comieron juntos, sobre anchas hojas de plátano, butiro fresco extendido en leves y esponjadas tortas de flor de harina, y miel de azahar á la postre: manjares simbólicos de iniciación en los misterios orientales, para aprender á reprobar lo malo y á elegir lo bueno.

En el centro del *pandal* se levantaba el ara, donde había algunas brasas. Los *purohitas* echaron sobre las brasas canela, sándalo, espliego y otras plantas y yerbas secas y fragantes. Se levantó llama y Narada la avivó más con libaciones de *soma* divino.

Narada entonces habló así con Agni, dios del fuego, devorador de la ofrecida hostia, conductor alado del holocausto:

—¡Oh, tú que te ocultas en el seno de los seres todos, que sin tí no serían, escúchame, Agni, tú que animas el universo. Concede á Urbási la lealtad y la firmeza que Satchi consagró á su marido cuando él la abandonó, y lleno de remordimientos, huyó á empequeñecerse y á esconderse en el tallo hueco de una de las flores de

loto que cubrían el lago donde tú le hallaste, más allá de los montes de Himabat, en los últimos términos de la tierra. Movido tú por las súplicas de Satchi y de acuerdo con los dioses, corriste por la tierra, volaste con tus alas de llamas por el aire y el éter, y hasta penetraste en el agua, tu temida madre, para encontrar á Satacrátu en su penitente y escondido refugio! El pecado de Satacrátu vino á recaer entonces y á diluirse en todas las criaturas, y recobrando él sus bríos, las hizo dichosas, venció al tirano Nahucha y volvió á reinar en los tres mundos. ¡Oh, Agni, haz que Urbási sea para Morsamor tan regeneradora y purificante como para Satacrátu fué Satchi! Oye también y sé testigo, ¡oh Agni, del solemne juramento de amor y de fidelidad, que van á pronunciar ambos esposos!

Morsamor y Urbási, en efecto, extendidas las manos sobre el ara y cerca del fuego prestaron el juramento debido.

Así terminó el acto religioso.

En aquella misma noche, sin demora ni reposo, á fin de sustraerse á la celosa furia, á la venganza y al poder de Balarán, Morsamor y Urbási, depuestas las galas y en traje de camino emprendieron un largo viaje.

XXVI

Muchos días, fugitivo de Balarán, caminó Morsamor con su dulce compañera. Dejándose persuadir por Narada, había creído en el levantamiento general de toda la India, en favor del predominio brahmánico, y no juzgó prudente ni seguro tratar de volver á Goa, ni dirigirse á otro lugar que no estuviese fuera de los límites de la India.

En grandes barcas que de anteano contrató Narada, Morsamor había pasado el Ganges, y había ido hacia el nordeste, esquivando los sitios poblados.

Con él iban, todos á caballo, Tiburcio y los sesenta valientes devotos á su persona. En ligero palanquín que veinte robustos negros sostenían y llevaban turnando, iba la bella Urbási, asistida sólo por su sierva favorita Rohini. Completaban la caravana treinta poderosas mulas, alquiladas á dos ricos banianes en quienes Narada fiaba mucho y que se habían comprometido á ir á donde se les mandase, cuidando y guiando las mulas con el auxilio de cinco hábiles naires. Las mulas llevaban á lomo el espléndido equipaje de Urbási, abundancia de viveres, cuanto se requiere para desplegar tiendas en el campo y otros objetos útiles á la comodidad y regalo de

los ilustres viajeros y al alivio de sus fatigas.

Harto presentía Morsamor que el Brahmátma, con gran golpe de gente de guerra, había salido á perseguirle, aunque no había podido hasta entonces darle alcance por la mucha delantera que Morsamor y los suyos habían tomado.

Sin tropiezo ni encuentro alguno desagradable, llegaron los que huían á una vastísima é intrincada selva, resplandeciente de lozana pompa y florida verdura.

La frondosidad era tan densa por algunos puntos, que era menester abrirse paso rompiendo y destrozando con la segur los enormes bejucos y demás plantas enredaderas que, formando festones y guirnaldas, pendían y se entrelazaban de unos árboles en otros. Las alimañas esquivas y feroces huían á la aproximación de la hueste, pero no faltaban seres animados, más mansos y menos recelosos del hombre, que apenas se apartaban al sentirle llegar, y hasta que se adelantaban y mostraban como si acudiesen á darle la bienvenida. Á veces, con alegre desentono, graznaban los pavos reales, desplegando la brillante rueda de sus pintadas plumas. Zumbaban las abejas que en los huecos de añosos árboles labraban sus panales. Las libélulas y las mariposas de los más nitidos colores y variados matices poblaban y esmaltaban el ambiente. La abundancia de hojas en lo más alto de las

plantas formaba verde toldo, por el cual se filtraba tamizada y tenue la lumbre solar, mitigando sus ardores y formando caprichosos cambiantes de refulgente claridad y de sombra apacible. El *kokila* y otras aves cantoras entonaban sus trinos y gorjeos. Un vientecillo suave que apenas movía los más tiernos tallos y renuevos, esparcía con sus alas el grato aroma de las flores, trasladaba á larga distancia las aladas semillas y llevaba de unos cálices á otros el polen fecundante. Arroyuelos de agua cristalina corrían serpenteando y murmurando por el somero cauce que naturalmente habían abierto, y en cuyas márgenes crecían violetas, rosas silvestres y mil hierbas de olor. No bien empezaba á anochecer discurrían por el aire en multitud sin cuento las luciérnagas, como brillantes joyas con que bordaba allí su manto la primavera.

Tan amenos eran aquellos lugares que, embelados Morsamor y los suyos, olvidaban casi el peligro que corrían.

Continuaban, no obstante, su peregrinación, aunque á la aventura y sin saber á punto fijo en donde podían refugiarse para escapar ó para defenderse de sus perseguidores.

La selva parecía interminable y desierta. Los fugitivos no hallaron en ella criatura humana.

Al cabo llegaron á un ancho espacio, casi despejado de árboles, y en cuyo centro se alzaba un

grande edificio de extraña arquitectura, palacio, fortaleza ó tal vez abandonado asilo de anacoretas penitentes. Los peregrinos le visitaron y reconocieron, hallando que en él no vivía nadie.

Morsamor resolvió parar allí, reposar y hacerse fuerte, si por acaso le descubrieran y sorprendían sus enemigos en aquel misterioso retiro.

Sólo Tiburcio de Simahonda, con cuatro soldados que le escoltasen, todos en buenos y ligeros caballos, debía seguir adelante, como explorador, para ver si hallaba no muy largo y seguro camino por donde todos pudiesen ir á la corte del gran monarca de los mongoles, Babur, si éste había apaciguado ya sus dominios, si se hallaba en alguna ciudad menos distante que la remota Samarcanda, y si concedía su favor y la esperanza de una recepción amistosa.

La gente de Morsamor estaba cansadísima. Y Urbási, rendida por la fatiga y emociones violentas, necesitaba para reponerse tranquilidad y reposo.

En el desierto edificio había muchas estancias separadas y capaces, pero muy pocos y antiguos muebles, rotos ó desvencijados. Por dicha, las mulas traían de repuesto cuanto era conveniente para hacer agradable aquella vivienda.

En el patio del edificio manaba agua abundante y clara de una hermosa fuente. Y cerca de

ella había en amplio sótano una alberca para bañarse.

En el edificio no había provisiones de boca, pero la caravana distaba mucho de haber consumido las que sacó de Benarés, y en la selva además abundaban los cocoteros, los plátanos, los mangos, las palmeras, los naranjos, los limoneros y otros árboles cargados de fruta. Y todos aquellos contornos convidaban con fácil y riquísimo éxito á la caza y á la pesca.

Alabando, pues, al cielo, que por lo pronto tan buen refugio le ofrecía, Morsamor se instaló con su gente en el abandonado edificio que se alzaba en el centro de la intrincada y vastísima selva.

XXVII

El edificio estaba casi al pie de muy altos montes. La ingente cordillera del Himalaya se erguía cerca de él, extendiéndose á un lado y á otro. Las cumbres, que se alzaban en el aire á millares de codos, estaban cubiertas de hielo perpetuo y de cándida nieve, que heridos por los rayos del sol, vertían destellos radiantes y hacían más bella la templada y apacible llanura en que se hallaba el palacio, bañándolo todo, á la hora del crepúsculo, en mágicos reflejos.

Morsamor había enviado esculcas y puesto

atalayas, que debían renovarse con frecuencia y vigilar de continuo para avisar la llegada de cualquier enemigo y evitar una sorpresa. El terreno quebrado y áspero y los intrincados y revueltos desfiladeros estaban tan próximos, que era fácil, previo aviso de que llegaban fuerzas muy superiores, escapar á toda persecución, refugiándose en las entrañas de la serranía.

Confiado en esto, Morsamor hacía en el palacio larga parada, aguardando la vuelta de Tiburcio.

Era alta noche. Morsamor reposaba al lado de Urbási en la repuesta alcoba. La tenue luz de una lámpara, que ardía en vaso de diáfana porcelana, iluminaba suavemente el hermoso rostro y las gallardas y juveniles formas de la mujer dormida.

Morsamor se despertó y se puso á contemplarla extasiado. No acertando á reprimir su admiración amorosa, se acercó con lentitud y cuidado, para que ella no despertase é imprimió dos tiernos besos sobre los párpados y largas pestañas de sus cerrados ojos. Aunque el toque de los labios de Morsamor fué delicadísimo, sacudida Urbási como por una conmoción eléctrica, volvió en su acuerdo, abrió los ojos, llenos de dulzura, miró á su amante esposo y le estrechó afectuosamente en sus desnudos y blancos brazos. La felicidad y la vehemencia del amor

de ambos, no hubo palabra articulada con que pudieran expresarse en aquel punto.

Después, sostenida en el brazo derecho de Morsamor y reclinada en su hombro, tras no breve pausa de silencio y reposo, Urbási con lánguida y entrecortada voz, dijo á Morsamor casi al oído:

—No; este amor invencible, fuerte, gigante, inmenso, no ha podido nacer en mí, ni ha nacido de súbito. Antes de conocerte yo te presentia y te amaba. Al verte por vez primera, recordé tu rostro y columbré su semejanza en la nebulosa lejanía de tiempos pasados. Reminiscencias confusas de una vida anterior se despertaron en mi alma. En tierras muy remotas, nacida yo en humilde, en casi vil condición, te había amado y había sido tuya. ¡Tú te avergonzabas de mí, cruel! Tú me abandonaste. Morir fué mi sino, pero no quise morir desesperada. Entregué mi alma á Smara, dios del amor, y él me hizo en pago la promesa de poseerte de nuevo: de hacerme renacer, rica, noble y venerada para que no te avergonzases de mí y mil veces más hermosa para que me amases mil veces más que hasta entonces me habías amado. Dime, Morsamor, ¿no es cierto que Smara ha cumplido su promesa?

Al oír Morsamor las palabras de Urbási, retrajo á su memoria la imagen de Beatricica y

pensó tenerla allí presente y que ella le encadenaba entre sus brazos y le besaba y le acariciaba. Como si hiriesen otra vez sus oídos, percibió las palabras de la vieja gitana que le dijo en Sevilla la buenaventura. Los cabellos de Morsamor se erizaron de espanto. Á pesar del contacto íntimo y delicioso de su prenda querida, á pesar del tibio y grato mador de aquella piel, cuya tersura, suavidad y fragancia envidiarían los pétalos de la magnolia y de la flor del loto, Morsamor sintió el frío de la calentura y se santiguó maquinalmente. Entonces recordó con horror que era católico cristiano, aunque apóstata y réprobo.

En aquel momento sonaron fuera de la alcoba voces, precipitados pasos, ruido de armas y rechinar de puertas.

Aquella sensación, que avisaba á Miguel de Zuheros un peligro presente y real, dispó de su espíritu las sombrías imaginaciones, que sin duda una muy natural coincidencia había creado. Natural era que Urbási, bajo el influjo de las creencias religiosas, propias de su nación y de su casta, se diese á entender que había transmigrado su alma, que en otras vidas había amado á Morsamor, y que más tarde había renacido para volver á amarle.

Miguel de Zuheros desechó, pues, aquellos vanos pensamientos, se serenó, recobró su brío

indomable, se arrojó del lecho y se revistió á escape las armas.

Tomás Cardoso, teniente de la pequeña hueste por ausencia de Tiburcio, acudió á llamarle desde la puerta de la alcoba. Armado ya Morsamor, salió á juntarse con Tomás Cardoso.

Numerosa hueste enemiga había sorprendido y muerto á los descuidados y dormidos atalayas, había invadido la selva y había cercado por todas partes el edificio.

Á la luz del alba naciente, miró Morsamor por las ventanas en varias direcciones, y por donde quiera vió guerreros indios capitaneados sin duda por Balarán, el Brahmata. No había medio de huir. Era inevitable combatir hasta la muerte ó hasta lograr milagrosa victoria.

Los sitiadores dieron sin tardanza un furioso asalto por la fachada de la quinta, pugnando por derribar la puerta. Morsamor y los suyos se defendían con valor y con tino, causando en los sitiadores grande estrago y haciendo repetidas veces que retrocedieran, poseidos de terror.

La puerta resistía aún al embate del enemigo; pero, en la previsión de que pronto la derribase, Morsamor no vacilaba en defender sin reparo la entrada abierta.

Á este fin, iba ya á descender al piso bajo del edificio, cuando oyó, en el piso principal, angustiosos gritos y clamores. El enemigo había en-

trado por una pequeña puerta, á espaldas del palacio, le había invadido, y llenaba ya el piso en que Morsamor se hallaba. Entonces acudió Morsamor á la defensa de Urbási, pero ya fué tarde. El mismo Balarán, rodeado de sus más audaces satélites, había llegado donde ella estaba, la había asido de un brazo é intentaba apartarla de aquel sitio para acabar luego con Morsamor y los suyos sin que ella padeciese ni peligrase.

No como débil mujer, sino como fiera leona, se resistió Urbási al propósito de Balarán, lanzando contra él enérgicas palabras de odio y desprecio.

En aquel punto apareció Morsamor donde Urbási pugnaba porque Balarán no se la llevase consigo.

—¡Sálvame, Morsamor!, dijo al verle.—¡Amor mio, libértame de este aborrecido tirano!

El corazón del Brahmatma ardió en celosa ira, al ver á su rival y al oír las amorosas palabras con que Urbási le llamaba.

En su ciego arrebato, desnudó Balarán la daga que llevaba en el cinto y se la hundió á Urbási en el seno, causándole instantánea muerte.

Atónitos, estupefactos quedaron los de uno y otro bando, al ver caer á Urbási desplomada en el suelo.

Con ímpetu irresistible se lanzó Morsamor

contra Balarán, yendo á su lado Tomás Cardoso y otros ocho valientes, que arrollaban ó derribaban cuanto obstáculo se les oponía. Así llegó Morsamor hasta donde se alzaba Balarán con la sangrienta daga en la diestra y tomó rápida venganza, atravesándole el cuerpo con su espada.

La gente de Morsamor le defendía á un lado y á otro, rechazando á los indios. Morsamor pudo entonces asir de la barba al muerto Brahmatma y arrastrarle hasta la ventana principal del edificio. La abrió, sin temer el diluvio de flechas que le dispararon; alzó á Balarán en sus brazos para que los de su bando le vieran, y en seguida, con titánica fuerza, arrojó por el aire el cuerpo inerte, que dió tremendo golpe en el espacio despejado ó en el claro abierto por la gente de guerra al apartarse horrorizada.

En los primeros instantes que á la venganza de Morsamor se siguieron, parecía que Morsamor iba á triunfar por raro prodigio de su feroz valentía.

Los que habían entrado en el edificio con Balarán huyeron al verle muerto. Volvió á cerrarse la puerta por donde habían entrado. La posición de Morsamor y de los suyos parecía inexpugnable, merced á su desesperada resistencia y á la consternación de unos contrarios sin caudillo.

Pronto, no obstante, se rehicieron éstos, fiados en su muchedumbre y agujijoneados por la

vergüenza y por el deseo de que la muerte de Balarán no quedase impune.

No era como el alcázar de Benarés el edificio en que Morsamor se refugiaba. Apenas se había empleado la piedra para construirle, sino la madera, tan abundante en la selva que en torno se extendía. Allí era fácil de conseguir el incendio, y el incendio era el medio más seguro de vencer sin sacrificar muchas vidas.

Gran número de sitiadores, con actividad diligente, solícita, casi frenética, allegó y trajo leña y hojas secas, y, formando con ellas enormes montones y altos rimeros, las arrimó á las puertas y á las paredes. Los sitiadores más decididos prendieron fuego por varios puntos, y, favorable el viento á su intención, estimuló el fuego soplando. Rojas llamas se levantaron lamiendo y escalando los muros. Negra y espesa humareda envolvió el edificio como en velo entutado de fúnebres crespones.

Nada había advertido Morsamor. Satisfecha en Balarán su venganza, daba rienda suelta á su pena, abrazado al cuerpo inerte de Urbási, cubriéndole de besos y de lágrimas y anhelando hacerle revivir con su aliento.

Tomás Cardoso y los demás aventureros tuvieron que apartarle de allí, bajándole casi en volandas hasta la puerta principal del edificio. Era menester salir fuera, abrirse paso ó morir

hiriendo y matando, si no querían todos perecer ahogados por el humo ó devorados por las llamas.

Morsamor se repuso de su doloroso desfallecimiento, hizo abrir la puerta, que ya empezaba á arder, y con heroica furia se abalanzó contra los sitiadores.

XXVIII

Aunque Morsamor parecía invulnerable y aunque los cincuenta hombres que permanecían vivos bajo su mando eran diestros y prodigiosamente valerosos, todos sin duda iban á perecer allí peleando contra un ejército. No peleaban por la victoria. No peleaban por la salvación en la fuga. Peleaban sólo para vender caras sus vidas. Caras las vendían, en efecto, pero Morsamor notaba con angustia compasiva que sus fieles y devotos amigos iban cayendo también.

De súbito el ronco clangor de retorcidas y bárbaras trompetas estremeció el ambiente. Mil y mil gritos salieron de las bocas de los indios, medrosos y aterrados. Morsamor y los suyos vieron con sorpresa que sus contrarios, en confuso desorden, huían á la desbandada, tiraban las armas para correr con mayor ligereza y buscaban refugio y escondite en lo más intrincado del bosque, ya que no en las entrañas de la tierra: